The illustration is a stylized, expressionist drawing in shades of blue, purple, and brown. It depicts a man in 18th-century attire sitting in a chair, looking towards the right. A woman in a long dress stands to his right, holding a book. In the lower-left corner, a dog with a human-like face sits on the floor, looking up at the man. The background is dark and textured.

CAMPOMANES Y YO

Emilio Pascual

Ilustraciones de Javier Serrano

82-93 PAS

Campomanes y yo



MA-29287

82-93 PAS



Campomanes y yo

Emilio Pascual

Ilustraciones de
Javier Serrano



R. 171505



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE
SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA

Edita:

- © SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General de Información y Publicaciones
- © Del texto: Emilio Pascual, 2002
- © De las ilustraciones: Javier Serrano, 2002

NIPO: 176-02-280-X

ISBN: 84-369-3670-1

Depósito Legal: M. 53.139/2002

IMPRIME: ARTES GRÁFICAS AGA. RUFINO GONZÁLEZ, 31 BIS-33. 28037 MADRID
DISEÑO, MAQUETACIÓN Y FOTOMECÁNICA: GRUPO ANAYA



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN,
CULTURA Y DEPORTE

Ministra de Educación, Cultura y Deporte

Pilar del Castillo

Secretario de Estado de Cultura

Luis Alberto de Cuenca

Directora General de Cooperación y Comunicación Cultural

Áurea Roldán Martín

*Para Eneko,
que habla como Castelar*

Una pregunta inocente

—**P**apá, ¿por qué le pusiste *Campomanes*?
—Porque es inteligente y fiel —respondió mi padre sin dudar.

Mi padre tiene cosas así. Se pinta solo para poner nombres a las personas, a los animales y a las cosas. Un día vino mi tío Jacinto, cuando mi tía acababa de dar a luz, y, medio en broma, medio en serio, se le ocurrió decir que no sabía qué nombre poner al niño.

—¿Se te ocurre alguno? —preguntó.

Y mi padre respondió sin vacilar:

—Belisario.

—¿Pero eso no es un nombre de caballo?

—No, sino de caballero. Y tanto lo fue que pasó media vida a caballo, en carros y navíos, y su cara fue esculpida en las monedas al lado de la de Justiniano.

Mi padre habla así de raro. Y lo peor es que dice mi tío que se me está pegando también a mí. Hace dos años mencioné la palabra *caléndula*, y mi tío se echó las manos a la cabeza, con ese gesto teatral de tirarse de los pelos, aunque no tiene ninguno que arrancarse, y exclamó:

—¿Pero qué le estáis haciendo a este niño? ¡Si habla como Castelar!

Tampoco es para tanto. Si era una caléndula, no iba a llamarla «amapola».

Y ahora no me preguntéis quién era Castelar, y mucho menos quiénes fueron Justiniano y Belisario. Ni se os ocurra. A lo mejor tiene razón mi tío Jacinto, y no eran más que caballos. Por cierto, a mi primo le puso Francisco, total para luego llamarle Paquito. ¿Y para eso tanto cirio?

Bueno, el caso es que mi padre es único para poner nombres a las personas, a los animales y a las cosas. Por ejemplo, a las cosquillas las llama *coscas*, porque dice que las cosquillas dan mucha risa y las *coscas* menos. Y mi padre, que cuando se pone a divagar es que se pierde, remata la faena diciendo que *cosca*, en singular, ya ni daría risa, porque la *cosca* es una familia mafiosa siciliana. No tiene remedio, no se puede hacer nada con él. Es del siglo pasado, y por eso, cuando le pregunté por qué había puesto al perro *Campomanes*, todo lo que se le ocurrió decir fue:

—Porque es inteligente y fiel.



Consecuencias de una pregunta

Conociendo a mi padre como lo conozco, supe que no había puesto *Campomanes* al perro porque sí. Deduje que alguien que había sido «inteligente y fiel» se había llamado Campomanes. Pero ¿quién se había llamado Campomanes?

En estos casos, lo peor que puedes hacer es preguntar a un profe. Porque, o lo sabe y te mira con aire de perdonarte la vida, o no lo sabe y se lo toma como un insulto personal. Un día, la profe de lite (también son ganas esto de acortar las palabras ahora que crece la esperanza de vida) escribió en la pizarra esta frase, que luego resultó ser un verso:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla

Empezamos a analizarla, y mi compañero de mesa (que se llama Leoncio, quién iba a decirlo en estos tiempos, su padre debió de estudiar en el mismo colegio que el mío) le preguntó qué era *de*. Al Leoncio lo lógico sería llamarle Leo, pero le llamamos Meloncio porque lo es. Así que Meloncio le preguntó qué era *de*.

No es que ella sea muy alta, pero lo miró de arriba abajo, desde la altísima tarima de su sabiduría, y respondió solamente:

—Pues qué va a ser: preposición.

Para el que sabe leer entre líneas, aquella respuesta quería decir: «Eres todavía más melón de lo que parece». Pero el Meloncio, que realmente es más melón de lo que parece, insistió muy apacible:

—¿Podría profundizar un poco más?

Bueno, creíamos que le daba algo. A ella. Lo miró con ojos extraviados (esta palabra me suena como un poco *castelarina*, pero la leí el otro día en un libro de ciencia-ficción), saltó corriendo de la tarima y no paró hasta la sala de profesores. Lo que allí se dijeron pertenece al secreto del sumario.

Así que, cuando yo quise saber quién era Campomanes, también sabía que lo peor que podía hacer era preguntar a un profe. Pero a quién si no. (Podría haber preguntado a mi padre; pero, si para una cosa tan tonta como poner nombre a un enano te salía con Belisario, no te quiero contar lo que podría ocurrir con Campomanes si ya se lo había puesto al perro). Había otro problema añadido: a *qué* profesor preguntar. Porque esto de andar a ciegas por la vida te puede ocasionar muchas sorpresas y algún disgusto. Imagínate que preguntas a la de lite por Campomanes y luego resulta que es un futbolista. Pues la ca..., perdón, qué corte, ¿no? También podía pasar y quedarme sin saberlo. Pero también da cosa esto de que uno no pueda preguntar libremente sin que lo consideren subnormal profundo.



Intenté aplicar algún tipo de deducción lógica y me sumí en hondas reflexiones. Ya sé que esto no cuele, pero lo he escrito para que se vea que la lengua es la cosa menos lógica que te puedas imaginar: a ver, si no, por qué las *flexiones* son una cosa y las *reflexiones* otra, por qué el *pollo* es una cosa y el *repollo* otra. Pues, a pesar de todas las flexiones dobles a que sometí a mi cerebro, fui incapaz de deducir qué clase de tío era el tal Campomanes. Pero, mira por dónde, las flexiones o reflexiones sirvieron para algo, porque llegué a la conclusión de que a veces las respuestas son tontas porque las preguntas son imbéciles. Y pensé que, si le hacía a mi padre la pregunta de modo adecuado, a lo mejor no se me iba por las ramas de su bosque animado. (Ahí queda eso, para que veáis lo que vale irse alguna vez al cine de la mano).

Así que me tiré un buen rato elaborando la pregunta *adecuada*, y cuando lo tuve a tiro le pregunté a bocajarro:

—Papá, ¿podrías decirme, *con una sola palabra*, qué fue Campomanes?

—Político —respondió en el acto.

Mi padre es genial. Fijaos bien en la cosa de la pregunta: no le pregunté *quién*, sino *qué*; y además tenía que responder *con una sola palabra*. Mi padre es genial. Podía haber respondido: «Un político». Pero no. Dijo solamente: «Político». La verdad es que mi padre será del siglo pasado, pero las pilla al vuelo.

Así que el señor Campomanes era político. Bien. Pero ¿de cuándo? ¿De ahora? No creo, aunque

vete a saber con tantos como hay. A mí me sacas del rey y del presidente, y me pierdo. O sea que la pregunta no estuvo bien hecha del todo. Pero no podía arriesgarme a una segunda.

Bueno, pues seguí con las deducciones. Si era político, lo lógico sería preguntar al de historia. Pero, como esto de la lógica ya veis adónde nos lleva: de las flexiones a la reflexiones, del pollo al repollo, y de la tele al telele, por un momento pensé que a lo mejor era una pregunta más propia de conocimiento del medio. Pero mejor que no, porque entonces tendría que averiguar de qué medio, y entre tanto hasta se me podía morir el otro *Campomanes*, el perro.

Nadie sabe por qué ocurren las cosas aunque todos nos preguntamos por qué ocurren. El de geografía e historia es duro, seco y poco simpático: tres cualidades que habrían hecho desistir de meterse en dibujos a cualquiera. A cualquiera menos a mí. Porque a ver quién sabe decirme por qué ocurren las cosas y por qué el de geografía e historia, que siempre se iba sin despedirse siquiera, aquel día quiso hacerse el simpático y dice:

—¿Alguna pregunta?

Así, oye. «¿Alguna pregunta?». Si yo fuera un poco más listo de lo que soy, me habría quedado con la boquita cerrada. Pero no. Tenía que preguntarle por Campomanes. Y lo hice:

—Por favor, ¿podría decirme quién fue Campomanes?

Me miró como quien ve visiones.

—¿Y a ti por qué te interesa Campomanes?

Cazado. Lo sabía. Preguntar trae estas consecuencias. Pero, claro, no iba a decirle lo del perro, porque podía ocurrir lo que con la de lite, aunque este no es de los que sale corriendo. Toda mi imaginación se redujo a una sola palabra: curiosidad. Así que le dije:

—Es que sentía curiosidad.

—Muy bien. Estupendo. Magnífico. La curiosidad es el principio de la filosofía...

Y el principio del ludibrio también. Sí, *ludibrio*, qué pasa. Lo he visto en un diccionario de sinónimos. ¿Preferiríais que hubiera escrito «cachondeo»? Pues no. Pues sí: el ludibrio se palpaba en el ambiente. Prosiguió con más recochineo si cabe:

—El amigo Ani tiene madera de filósofo...

Ya está. Ani. Alguna vez tenía que salir, ¿no? Sí, me llamo Aniceto, ¿pasa algo? Peor sería que me llamara Vicente, porque ya se encargaría algún listo de buscarle la rima repelente. Mi padre me puso Aniceto porque nací el 17 de abril y significa «invencible». Pero de momento yo estaba bien vencido, porque el chistoso del profe me estaba dando una en cada carrillo.

—...y quiere saber quién era Campomanes. Loable deseo, Ani. Y como nada se aprende mejor que aquello que se descubre por sí mismo, aprovecha las vacaciones de Navidad para hacer un trabajito sobre Campomanes. Con dos folios te basta. Lo leeremos a la vuelta de vacaciones.

Menos mal que no me gusta el turrón.

Mis primeros pasos

—**P**apá, tengo que hacer un trabajo sobre Campomanes.

—¿Sobre el perro?

—No, sobre el otro.

—No puede ser.

—Sí puede.

Entre los papeles viejos que hay en casa, guardados en un viejo baúl, un día encontré una vieja cartilla titulada *Mis primeros pasos*. Creo que fue la cartilla en la que aprendió a leer mi padre. O eso dice mi madre. Cuando el profe, con el pitorreo que dije, me nombró filósofo de la clase, también yo empecé dar mis primeros pasos por la escalera que debía llevarme a la vida de Campomanes. Lo primero que hice fue intentarlo con una *Enciclopedia*. En mi casa hay una que ocupa media pared, tiene más de cien tomazos, y pesa tres kilos cada uno. ¡Y luego dicen que se hunden las casas!

Empecé por la *Enciclopedia*. Pero eso desanima a cualquiera. Diplomático, hombre de estado, escritor, jurista y economista. ¿Pues no habíamos quedado en que era político? Y además se murió hace casi doscientos años. Vaya plan.

Estuve barajando varios planes, todos desalentadores. Hice una excursión a la Biblioteca Municipal, pero me aburrí. Así que, aunque había intentado evitarlo a toda costa, al final tuve que acabar recurriendo a mi padre. Y el mismo viernes veintiuno, nada más empezar las vacaciones de Navidad, le dije:

—Papá, tengo que hacer un trabajo sobre Campomanes.

Y fue entonces cuando él dijo:

—¿Sobre el perro?

Y yo:

—No, sobre el político, si es que lo fue. Además se murió hace casi doscientos años.

—Sin casi.

—Con casi. Ciento noventa y nueve.

—Doscientos.

—Ciento noventa y nueve.

Mi padre es así. Cabezota hasta dejarlo de sobra. ¿Pues no leí yo bien clarito en la *Enciclopedia* que el señor Campomanes murió el 3 de febrero de 1803? ¿No vi yo bien clarito en el libro de Historia de Lu las fechas de Campomanes encerradas entre paréntesis (1723-1803)?

Creo que tengo que hacer una aclaración porque si no os vais a liar. Lu es mi hermano mayor y no es chino. En realidad se llama Lucrecio, pero le llamamos Lu porque no lo soporta. Y sin embargo mi padre dice que no le pudo poner nombre más acertado porque es «una fuerza de la naturaleza». Y es que el tal Lucrecio fue un poeta latino que escribió un libro titulado *La naturaleza de las cosas*, y



por eso mi padre le puso Lucrecio a mi hermano, pero yo ya no sé si es porque mi hermano es una cosa natural, una fuerza de las cosas o simplemente un príncipe destronado.

Pero bueno, estábamos en si ciento noventa y nueve o doscientos. Pues, teniendo en cuenta que estábamos en diciembre y a punto de rematar al año 2001, la operación era bien sencilla: 2002 menos 1803, 199 clavados, ¿no? Lo que pasa es que mi padre utiliza unas matemáticas muy arbitrarias. Como aquel día en que me leyó uno de los primeros capítulos del *Quijote*. Resulta que un vecino de Quintanar debía a un criado suyo nueve meses de paga a razón de siete reales cada mes. Nueve por siete, sesenta y tres, ¿no? Pues don Quijote, que setenta y tres, y mi padre lo mismo. Y lo peor es que se puso a hablar de las cuentas del corazón y de las matemáticas del alma, y ya sí que lo enredó del todo. Dijo que, si nos guiáramos siempre por la aritmética pura, no se salvaría nadie (él dijo «ni dios», pero ya digo que es un exagerado), y que setenta veces siete nunca dan cuatrocientas noventa por más que se empeñen todos los matemáticos del mundo. ¿Lo entendéis vosotros? Pues eso. Pero, en fin: también las docenas de fraile son de trece pasteles, y sin embargo Mary Poppins no dejó de volar. Pues eso.

Le conté lo que pude. (Con los mayores hay que andarse con pies de plomo, porque tienen una habilidad especial para complicar las cosas más sencillas). Que tenía que hacer un trabajillo y esas cosas, sin entrar en muchos detalles. Que necesitaba

que alguien me echara una mano, porque las *Enciclopedias* eran imposibles. Que...

Y fue entonces cuando, en un arranque de llaneza insospechada, mi padre dijo:

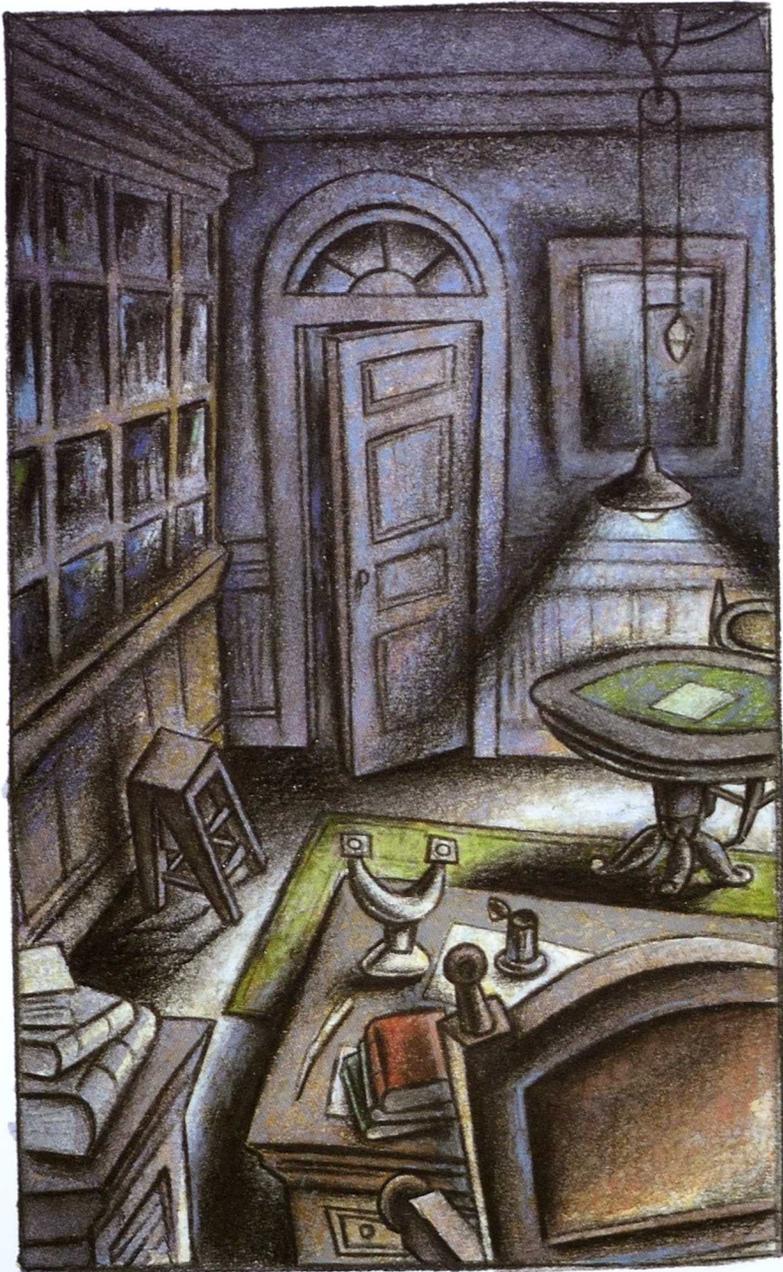
—Bah, eso te lo arregla en un pispás mi amigo Perico, que de Campomanes sabe lo que no está escrito.

El despacho 777

Y así me vi en los pasillos de la Universidad. Aunque yo no ando nada mal de estatura, creo que desentonaba un poco entre tanto Zumosol. Lo bueno que tiene la Universidad es que también produce tíos con greñas y gafitas que disimulan bastante bien la musculatura.

Mi padre había llamado por teléfono a su amigo Perico. No dejó de sorprenderme saber que tenía un amigo con un nombre tan vulgar, y además profesor de Universidad. ¡Si todavía se hubiera llamado Udolfo, Afrodisio o Clodio! Pero no, Perico. También son ganas, ahora que empezaba yo a familiarizarme con el santoral exótico. (Esto de *exótico* os ha impresionado, lo sé. Pero algún día os contaré lo del comisario Montalbano, para que os enteréis de lo que vale un peine).

Los conserjes me dijeron que subiera a la planta séptima. No encontré los ascensores y subí a pata siete mil escaleras por lo menos. Los despachos estaban numerados, lo que facilitaba algo las cosas en aquel laberinto de puertas y ventanas que invitaban al suicidio. Esta invitación se hizo todavía más patente cuando advertí que la numeración



saltaba del despacho 776 al 778. Miré a derecha e izquierda, arriba y abajo, delante y detrás, sin que apareciera por ninguna parte el dichoso 777. Empezaba ya a desesperarme y a observar cómo las ventanas me guiñaban incitadoras, cuando apareció un profesor al fondo del pasillo. Supongo que era profesor, porque tienen un aire inconfundible.

Le pregunté por el despacho 777. Me miró raro, no sé si con lástima, ira o desconcierto. Dijo:

—¿A quién quieres ver?

—A Pe...

Iba a decir: «A Perico», pero un elemental sentido de la prudencia me hizo contenerme a tiempo, recompuse la figura lo mejor que supe y dije:

—A Don Pedro...

—¡Ah, al bueno de Perico! Entra por el 776, y al fondo a la izquierda encontrarás una puerta con su nombre.

Lo dicho, no hay quien los entienda.

Abrí la puerta del 776, y al fondo a la izquierda encontré una puerta con su nombre. La puerta necesitaba una mano de pintura; el nombre, Pedro Rodríguez, debían de haberlo diseñado en tiempos de Castelar. Pero así son las cosas de este mundo. Llamé con unos tímidos nudillos y oí un extraño «Pase quien sea». Entré.

Era un despacho pequeño, del tamaño de la librería que hay en la esquina de mi casa, que tiene los periódicos, las revistas y los cuatro libros que nos mandan leer en el instituto. Detrás de una mesa jurásica había un hombre...

Pero esto, capítulo por sí merece.

El inquilino del séptimo

Sí, vale, lo he copiado, ¿qué pasa? Una vez mi padre quiso darme una teórica de cómo *no* deben contarse los cuentos y me leyó ese capítulo del *Quijote* donde Sancho cuenta uno. No sé cómo pueden decir que está mal contado, porque en mi vida me he reído más viendo el mosqueo de los oyentes. Bueno, pues, al final de ese capítulo, considera el narrador que van a ser tan importantes las palabras de don Quijote, que dice: «Pero esta respuesta capítulo por sí merece». Es un truco para mantener la atención del lector, aunque no sé si hay truco que pueda mantener la vuestra. Y lo que yo vi tras la mesa jurásica me pareció tan importante, que no me importa repetirlo: «Capítulo por sí merece».

He dicho antes que los profes tienen un aire inconfundible. Este no. Este habría podido confundir al más pintado. Sentado en un rincón de su despacho (¿dónde, si no, en un despacho tan pequeño que no tenía más que rincones?), en un sillón enorme de madera, ante su mesa de trabajo, parecía un cuadro de esos tipos antiguos que aparecen en los libros de literatura.

No se puede decir que fuera guapo. Aunque... ¿se puede ser guapo a partir de cierta edad? Antes de los veinte casi todo el mundo es guapo; después de los cincuenta casi nadie lo es. Ya veis: treinta años es la edad del mundo. (Menos mal que mi tío no lee estas cosas; si no, ya estaría mareando la perdiz con Castelar).

No se puede decir que fuera guapo. Era bajito, moreno, con papada y un poco bisojo: tenía el ojo derecho extraviado (¿veis para lo que valen las palabras?); en la mesa descansaban unas gafas redondas, modernas de puro antiguas, que delataban su miopía, y unos cuantos libros a su izquierda. Vestía un traje oscuro bastante raro, parecido a la toga que llevan los jueces en las películas antiguas, una camisa blanca de cuello exagerado, y sobre todo una peluca inverosímil. Si uno es calvo y quiere ponerse peluca, allá él; pero, para llevar una peluca toda cana, mejor ir enseñando la molondra.

Di los buenos días y añadí con escasa convicción:

—Soy Aniceto...

Me dio la mano, amable y ceremonioso.

—Hola, «invencible» —dijo guiñándome el ojo normal.

Ya veis lo que son las cosas. Aniceto, el invencible. Lo que en otro hubiera parecido un insulto, en él resultaba un elogio. Aquel día me reconcilié con la humanidad y con mi nombre.

Me pidió que me sentara y añadió:

—¿Cómo está tu padre?

—Bien...

Era un forma sintética de decir que se le va la olla en cuanto te descuidas, pero tampoco es cosa de ir pregonándolo por ahí.

—Bueno. Tu padre me ha dicho que estás interesado en Campomanes. ¿Qué quieres saber?

—Pues, para empezar, cuándo murió. Sus datos y los míos no coinciden.

Puso la mano izquierda sobre un montón de libros que había en aquel lado de la mesa. Uno de ellos, encuadernado en rojo, decía en gruesas letras de oro: *Campomanes*.

—El 3 de febrero de 1802 a las cuatro y cuarto de la mañana.

¡Toma precisión! ¿Por qué tiene que tener razón mi padre, incluso contra los libros de texto?

—Pues yo he mirado en dos enciclopedias y un libro de texto, y pone 1803.

—Todo el mundo se equivoca —dijo con mucho sosiego—. Y las enciclopedias más, porque se copian unas a otras.

—¿Y usted?

Sabía que era una impertinencia y que me exponía a que mi entrevista acabara en aquel mismo momento. Bueno, no creo que me diera tiempo a pensar tanto. Pero es que me molestan los tipos tan seguros.

No se enfadó. No se inmutó siquiera. Siguió diciendo con la misma calma y reposo que antes:

—Buena pregunta. Yo me he equivocado muchas veces y en muchas cosas. Pero en su muerte no hay error posible. De todos modos, querer com-

probar las cosas siempre es bueno, aunque tampoco viene mal una pizca de fe y de confianza. ¿Necesitas ver su Certificado de Defunción?

Supuse que había ido demasiado lejos.

—No —dije—. Es que la letra impresa impresiona mucho, ¿sabe?

—A mí me lo vas a decir —dijo, señalando con el índice de la mano derecha el volumen rojo sobre Campomanes—. Pero, en fin, aclarada la diferencia del año, insignificante de cara a la eternidad, ¿qué más quieres saber?

—Hombre... —noté que me estaba poniendo un poco demasiado confianzudo, pero la verdad es que el hombre invitaba a la confianza—. Ya que hemos empezado por el final, estará bien continuar por el principio.

—¡Así me gusta! Agudeza y arte de ingenio. ¿Sabes que Campomanes se transformaba cuando encontraba un interlocutor a su altura? Estoy seguro de que le habría gustado hablar contigo.

Sería una horterada decir que me ruboricé de gozo, pero la verdad es que me gustó oírlo.

—Campomanes —prosiguió— nació el día 1 de julio de 1723. Como ves, murió antes de cumplir ochenta años. Lástima que tus libros no tuvieran razón: habría sido un número redondo. ¿Tú sabes dónde está Santa Eulalia de Sorriba?

—No...

—No te preocupes: poca gente lo sabe. Sorriba era un pueblecito muy pequeño de Asturias. Pero, ya ves, los lugares pequeños pueden producir grandes hombres. El pueblo estaba situado en la

cima de un monte. Campomanes era asturiano, y las primeras imágenes que vieron sus ojos se encierran en un paisaje de bosques y montañas.

Yo había llevado mi cuaderno y tomaba notas mientras el profe hablaba. Tenía el sentido de la narración, cosa que les falta a casi todos. Me sentía a gusto con él. Imaginé a Campomanes, de niño, en los bosques de Asturias, y estuve a punto de escribir: *Paisaje con figura*.

—Sus padres —continuó— eran pobres y honrados... —cambió de tono y dijo de pronto—: ¿Tú has leído el *Quijote*?

—Bueno... No sé si se puede decir que lo haya leído... Pero he escuchado trozos. Si usted conoce a mi padre, lo comprenderá...

Espero que también vosotros lo entendáis. Y, si no, peor para vosotros. Mi padre puede estar más ido que el fugitivo, pero leyendo en voz alta es único. Y cuando leía ciertas páginas del *Quijote* yo me partía el culo de risa. Lo que no entendía era qué tenía que ver el *Quijote* con Campomanes. Lo comprendí en seguida.

—¿Sabes? —dijo con cierta melancolía—. Hay un momento en que don Quijote dice una frase terrible: «El pobre honrado, si es que puede ser honrado el pobre...». Ya ves: tan dura es a veces la pobreza que puede llevarse por delante la honradez. Pues bien, de los padres de Campomanes puede decirse que fueron pobres y honrados.

—¿Y de qué vivían?

—¿De qué se puede vivir en una sociedad agraria? De las tierras y las vacas. Tampoco te hagas la

idea de que eran unos pordioseros: era una de esas familias asturianas de ascendencia hidalga, pero venida a menos. Lo que pasa es que, en el caso de Campomanes, la cosa se complicó en seguida, porque su padre murió cuando él no había cumplido aún dos años. Su hermana Josefa andaba por los cuatro añitos. Francisco, el más pequeño, era apenas un recién nacido. Es hasta muy probable que naciera una semana después de la muerte de su padre.

Nos miramos unos segundos en silencio.

—Y con ese panorama —dije—, ¿cómo pudo llegar a político? Si es que lo fue, porque tengo un pequeño lío, y ya no sé si diplomático y hombre de estado es lo mismo que político o no.

—Para empezar, podríamos decir que sí, que fue un político. ¿Tú sabes lo que es un político?

—Quién no sabe lo que es un político si salen a todas las horas en la tele.

—¿Y qué opinas de ellos?

—Yo no opino nada. Pero me parece que mi padre los mira con cierta desgana.

—¿Desgana?

—Iba a decir *displidencia*, pero es que luego dice mi tío que hablo como Castelar.

—O sea, como un político —dijo con una sonrisa burlona—. Quizá tengáis razón, y no siempre la política vaya de la mano de la inteligencia. Inteligencia sí que le sobraba a Campomanes... —hizo una pausa—. Pero preguntabas cómo pudo llegar tan arriba desde tan abajo. Verás. Los primeros años estuvo con su madre, en el verde paisaje de



Asturias, tamizado de esplendor o niebla según los días. Uno de esos días ella decidió darle una educación distinta y recurrió a su hermano. Tenía un hermano, canónigo en Santillana... ¿Tú sabes dónde está Santillana?

—¿Santillana del Mar? —dije con notable aplomo—. Pues claro, en Santander. Ya sabe usted que a mi padre le gustan las piedras más que a un tonto una tiza. Un día nos llevó a ver las piedras de Santillana, y entonces nos dijo que es la ciudad de las tres mentiras, porque ni es santa, ni es llana, ni tiene mar.

—Pero en el siglo XVIII por fortuna tenía un canónigo, llamado Pedro Pérez de Sorriba, que era hermano de su madre y por tanto tío de Campomanes. Él se encargó de su educación cuando el niño no tenía ni ocho años. Más de sesenta después, cuando Campomanes redactó su testamento, todavía recordaba la deuda que contrajo con su tío. ¿Me permites que te lea tres líneas de este libro? —dijo señalando el volumen encuadernado en rojo. Lo abrió y leyó—. A él le debo, dice, «la educación y principios que después me aprovecharon para mis adelantamientos y desempeño de las grandes obligaciones en que la providencia divina se dignó constituirme». Entonces —prosiguió— las asignaturas no se llamaban como ahora, y se estudiaba latín, cosa que ahora no. ¿Qué opinas del latín?

—Una lengua muerta, ¿no?

—¿Cómo que muerta? ¡Viva y bien viva! Tú y yo ahora mismo estamos hablando latín. Claro

que..., ya es un latín tan estropeado y venido a menos que no lo reconocería ni Ovidio. A propósito, ¿sabes quién fue Ovidio?

—Pues... un escritor latino —dije a ciegas.

—Un poeta, más exactamente. Un poeta que transcribió en sonoros versos latinos las más bellas fábulas de la mitología. Un poeta que lo mismo cantó el amor que la tristeza. Fue desterrado, y lloró así la elegía de la última noche:

*Cuando surge tristísima la imagen
de aquella noche, para mí la última
que en la ciudad pasé; cuando recuerdo
la noche aquella en que dejé las cosas
para mí más queridas, aún ahora
las lágrimas resbalan de mis ojos...*

Juraría que le había oído alguna vez recitar esos versos a mi padre. Pero no dije nada.

—Pues bien —siguió—, nuestro amiguito Campomanes, antes de los once años ya traducía a Ovidio en verso castellano y escribía en latín.

—¿Antes de los once años?

—A los diez y medio.

—Jo, a su lado soy un viejo. Entonces ¿por qué se empeña mi tío en decir que yo hablo como Castelar?

—Tu tío se equivoca.

—Ha dicho usted que hablamos un latín degenerado. ¿Podría decir esos versos en un latín no pervertido?

—No lo he dicho así, pero lo has mejorado. Escucha.

Y recitó con aire de tristeza. No entendí nada, solo algo de *tristísima*, de *magó* y de *meis*, pero en su boca sonaba como música.

—¡A los once años!

—A los diez y medio.

Me despedí por aquel día, porque no quería perder el lejano sonido de los versos. Al cerrar la puerta, me volví para mirarlo. No se puede decir que fuera guapo, pero en cuanto empezaba a hablar se embellecía.

Todo a once (y más)

A los once años no solo había traducido a Ovidio, sino que había empezado a estudiar filosofía. ¿Sabéis lo que es filosofía? Ahora cualquier cosa. Mi padre dice que ahora cualquier cosa tiene su filosofía: la filosofía de la empresa, la filosofía de la bolsa, la filosofía del fútbol... Campomanes estudió la filosofía que se estudiaba en su época, una forma de estudiar filosofía que tampoco le gustaba. Pero Campomanes era filósofo, porque amaba la sabiduría, y esa curiosidad e inquietud de que se burló mi profe lo llevó a leer otros libros y oír otras voces.

Habíamos quedado en que nos veríamos el lunes siguiente por la mañana, después del fin de semana. Era Nochebuena, aunque a aquellas horas solo podía ser Díabueno. Subí las escaleras (a estas *alturas* me pregunto por qué no busqué o no encontré los ascensores), y di sin dificultad con el huidizo 777. Entonces me preguntaba qué hacía en su despacho un profe en vacaciones.

Tras los saludos de rigor, dijo:

—¿Todo en orden?

—Casi.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada. Pero dice mi padre que todo en orden sería el peor desorden.

—Tu padre, siempre entre el verso y la filosofía, ¿eh?

—Algo así. También se sabía los de Ovidio. Los recitó con otra música. Ahora sé que el concierto también depende de quien lo interpreta.

—Bueno, Ani, para, que nos estamos metiendo en honduras. ¿Dónde habíamos dejado a Campomanes?

¿Qué os parece? Primero me sube a la parra y luego me deja agarrado al racimo para que me despeñe a las honduras. ¿Que dónde habíamos dejado a Campomanes?

—Estudiando filosofía.

—Filosofía y más cosas. Era un buen estudiante, no cabe duda. En tres años estudió latinidad...

—¿Qué es latinidad?

—Lengua, gramática y literatura latinas, pero también estudió artes y humanidades, que incluía la enseñanza de la doctrina cristiana, geografía e historia, matemáticas, retórica y filosofía... Con trece o catorce años... —se interrumpió cambiando de tono—. ¿Cuántos tienes tú?

—Catorce.

—Pues a tu edad él ya tenía el título de Prima, algo así como el bachillerato elemental. Y con su título en el bolsillo volvió a su pueblo. Cabe imaginárselo comparando los verdes de su actualidad con los de la memoria. ¿Y qué crees que hizo con su título en el bolsillo?

Ni idea. Me encogí de hombros. ¿Qué se puede hacer con catorce años y un título en el bolsillo?

—Enseñar. Y *gratuitamente*. Durante dos o tres años estuvo enseñando humanidades en Cangas de Tineo (hoy se llama Cangas de Narcea), el concejo al que pertenecía su pueblo. Y mientras enseñaba leía, y leía mientras enseñaba, porque el que tiene verdadera vocación de enseñar siempre la tiene de aprender.

—¿Qué leía?

—Supongo que un poco de todo, porque la curiosidad de un adolescente no tiene límites. ¿O no? —subrayó mirándome con intención—. Quizá te hagas una idea cuando más adelante entremos en su biblioteca. Pero estudiaba sobre todo leyes civiles y canónicas, es decir, Derecho. Porque, además de todo lo que ya hemos dicho, Campomanes fue abogado. Un buen abogado.

—Menos mal.

—¿Por qué dices eso?

—Porque en una película de Woody Allen oí declamar a un tío en plan trágico: «¡Catástrofes, desastres, abogados!».

—Quizá tengas razón. El mal uso es abuso. Y parece que solo nos ponemos de acuerdo para abusar del mundo y de las cosas.

Lo dijo suavemente, con un sentimiento raro que le extraviaba aún más el ojo derecho. Volvió a su tono narrativo:

—Calculo que con diecisiete o dieciocho años se trasladó a Madrid. Las biografías suelen hablar de hechos y no de sentimientos, de fachadas y no de

interiores. ¿Tenía pensado volver o quedarse allá abajo para siempre? ¿Cómo se despidió de su madre? ¿Sospechaba que no volvería a verla? El caso es que, con el hatillo de su juventud al hombro, llegó a Madrid para ser pasante de abogado en el bufete de tres famosos abogados de la época... ¿La seriedad de tu trabajo exige consignar sus nombres?

Ya me tenía acostumbrado a sus interrupciones, digresiones y cambios de tono, aunque no se lo reprocho, porque cada vez estoy más convencido de que los ejemplos son como la sal en la sopa y la salsa en las ensaladas. No, no creía que fueran esenciales para saber por qué mi padre había puesto *Campomanes* al perro, y el profe de historia me había endosado el trabajo.

—No —dije, aunque más tarde los apunté por si acaso en mi cuaderno—. Pero a la claridad de mi trabajo no le vendría mal saber qué es un pasante.

—Buena pregunta. Un pasante era una especie de ayudante de un maestro de la abogacía, que con ese servicio adquiría práctica. De hecho, todavía no hace mucho llamaban *pasante de pluma* al que escribía lo que el abogado le dictaba. En aquella época los pasantes tenían algo de esclavos, porque para ejercer la *abogacía*, además de ser bachiller en leyes, era condición indispensable haber ejercido antes la *pasantía* en un bufete, no menos de tres o cuatro años. Campomanes empezó de pasante con el famoso abogado Juan José Ortiz de Amaya (y mira por dónde ya tienes un nombre). Te preguntarás cómo pudo entrar tan joven con un abogado tan famoso.



Me lo preguntaba, en efecto.

—La verdad es que nuestro Campomanes vino un poquito..., digamos, enchufado. ¿Te acuerdas de su tío, el canónigo de Santillana?

Me acordaba.

—Pues resulta que el abad de la colegiata de Santillana, don Gaspar de Amaya, era amigo de su tío y a la vez pariente del abogado Ortiz de Amaya. Campomanes vino, pues, recomendado. De todos modos, hizo honor a la recomendación, pues en poco tiempo su brillantez atrajo a sus maestros, y no al revés. Otro abogado famoso, don Miguel Cirel (ahí tienes otro nombre) lo tomó de pasante solo con oírle disertar sobre un tema en que él se consideraba el máximo experto. El otro jurista era obispo, y con él se impuso Campomanes en derecho eclesiástico. En resumidas cuentas, que con poco más de 22 años Campomanes era abogado de título.

Vaya, ya teníamos otro título. Todavía no era diplomático, hombre de estado (¿político?), escritor y economista, y ya era abogado. Qué carrerón.

—Pero antes habían ocurrido otras cosas... Un año antes, en 1744, murió su madre. Parece poco probable que pudiera asistir al entierro.

Lo dijo así, como si morirse fuera un título más.

—¿Por qué no fue al entierro?

—Entonces se viajaba más despacio que ahora. ¿Sabes quién era Moratín?

—¿El padre o el hijo?

—¡Muchacho, apúntate una! El autor de *El sí de las niñas*.

—El hijo.

—¡Bien! Pues este Moratín... (que, por cierto, también era de ascendencia asturiana: sus abuelos eran asturianos, aunque cuando nació su padre, el otro Moratín, ya residían en Madrid), este Moratín, digo, que era casi cuarenta años más joven que Campomanes, vivía en Madrid y tenía una casa de verano en Pastrana. ¿Sabes dónde está Pastrana?

—No.

—En la provincia de Guadalajara. Pues ese trayecto, que hoy en coche se hace en dos horas como mucho, a él, en los coches de caballos de la época, le llevaba dos días. Es cierto que el hombre se lo tomaba con mucha tranquilidad: salía de Madrid, dormía en Alcalá de Henares en casa de un amigo suyo, y al día siguiente por la tarde aterrizaba en Pastrana. Imagínate desde Madrid a Cangas de Tineo. Ni que decir tiene que tampoco existía el teléfono.

Volvió un poco la cara, y se acentuó el estrabismo de su ojo derecho.

—Existía el correo, aunque un tanto precario. No quiero creer que se muriera sin conocer los éxitos de su hijo.

Siguió mirando de perfil, más allá de la ventana, y comprendí que por aquel día se había acabado la historia.

Y así fue, aunque no del todo. A pesar de su seriedad y de su traje, creo que no quería entristecerme. A su modo, no le faltaba sentido del humor. Sonrió y, sin duda para no despedirme con un entierro, hizo una de sus famosa digresiones:

—De Moratín hijo recordabas *El sí de las niñas*.
¿Qué recuerdas del padre?

¡Ya estamos! ¡Que siempre tenga que ir la gente
por la vida restregándote tu ignorancia!

—Nada —dije con aspereza.

—¿Ni siquiera «Admiróse un portugués...»?

—Ni siquiera.

—Pues aunque no lo recuerdes, lo vas a aprender aquí. Es un epigrama genial. Se titula:

SABER SIN ESTUDIAR

Admiróse un portugués
de ver que en su tierna infancia
todos los niños en Francia
supiesen hablar francés.

«Arte diabólica es

—dijo, torciendo el mostacho—
que, para hablar en gabacho,
un fidalgo en Portugal
llega a viejo y lo habla mal,
y aquí lo parla un muchacho».

—¿No es genial?

Lo era.

—Hasta pasado mañana.

—Adiós.

Tan precoz, tan precoz

Mi padre suele contar un chiste que no siempre causa hilaridad en el público (quiero decir que no siempre provoca la carcajada), porque con mi padre a veces hay que ser bastante sutil. Dice que era un niño tan precoz, tan precoz, que a los siete años ya tenía catorce. Pues parece que algo así pasaba con Campomanes.

Al día siguiente era Navidad y nos tomamos día libre. El 26 por la mañana volví a su despacho, sin preguntarme más por la anomalía de las fechas. Allí estaba mi buen Perico (perdón, don Pedro), dispuesto a hablarme una vez más de la precocidad de Campomanes.

—Era bachiller en leyes a una edad en que otros empezaban a leer las *Instituciones* de Justiniano. ¿Sabes quién era Justiniano?

¡No me lo podía creer! Mira por dónde, gracias a un nombre frustrado, ahora podía marcarme el rollo. Bendito Belisario, fuera caballo o caballero. ¡Claro que sabía quién era Justiniano! Aquel emperador de Oriente del siglo VI que dejó entre otras cosas las *Instituciones*, o sea, el Compendio de Derecho civil de los romanos.

Estuve a punto de agregar que también sabía quién era Belisario, pero tampoco era cosa de pasarse. Recuerdo otro chiste que contaba mi padre (qué vamos a hacer, hoy ha salido así). Va un tronco a examinarse de anatomía, sin pajolera idea, pero más enchufado que una hidroeléctrica. El presi del tribunal le hace varias preguntas, y el tío no da una en el clavo. Por fin el tribunal, desesperado, le hace la pregunta del millón: «Fíjate bien: ¿Por dónde oye el hombre?». ¡Al fin! El cateto pitagórico responde: «Por la oreja». Y añade imperterritito: «Ah, y el hombre tiene dos, que quiero nota». Yo no necesitaba nota, y no dije que también me sonaba Belisario.

—Ese año de 1744 fue un año notable —continuó—. Murió su madre, como hemos visto. Empezó a escribir una historia de la orden de los templarios, que terminaría tres años después, lo que lo acredita como historiador...

—¿También historiador? Tenía aquí anotado... —di marcha atrás un par de hojas en el cuaderno—, sí, aquí está, que fue político, diplomático, hombre de estado (si lo consideramos lo mismo que político, lo tacho), escritor, economista y abogado. ¿Tengo que sumar historiador?

—Y en lugar destacado, como verás en seguida. Lo apunté.

—Y se casó.

—¿Se casó?

—¿Tan raro te parece?

—No... ¿Fue precoz también en eso, o es que entonces se casaban antes?

—Fue precoz también en eso, porque es indicio de que, gracias a su éxito *precoz* como abogado, ya gozaba de una estabilidad económica que, a alguien sin herencia como él, le permitía casarse. Creí que pensabas que no iba a encontrar quien le quisiera por feo.

—¿Era feo?

—Bueno, según cuentan los que le conocieron, no parece que fuera Brad Pitt. ¿Te parezco feo yo?

¡Hombre, eso es una pregunta indecente! ¿Qué quería? ¿Que le dijera que era Brad Pitt? (Aunque a mi hermana le gusta más Enrique Iglesias. En esta vida hay gustos para todo). Di una de aliño.

—No sé... Usted se embellece cuando habla...

Sí, ya lo sé, es una cursilada. ¿Qué queríais que dijera?

—¡Aprobado! —dijo con una franca carcajada—. Pues él lo mismo. Quedamos en que no era más feo que yo. Lo que no sé es lo que le parecería a su mujer. Se casó con Manuela Amarilla y Amaya... ¿Te suena el segundo apellido?

—Claro. Don Gaspar de Amaya, el abad de Santillana, y el abogado del bufete donde fue pasante.

—¡Perfecto! Pues la querida Manolilla (y perdona la irreverencia) era sobrina del abad, por parte de madre, y prima lejana de Ortiz de Amaya, su maestro. Como dice un amigo mío, no hay casualidades. Había nacido en Alburquerque (Badajoz), aunque a la sazón vivían en Madrid. Tuvieron cuatro hijos.

—¿También precozmente?

Me miró con una semisonrisa indefinida.

—¿Sabes que has heredado la ironía de tu padre?

Así que mi padre era irónico. ¡Cuánto te debo, Campomanes!

—No, no se puede decir que en eso fuera tan precoz. Las dos hijas mayores, María Bibiana y Manuela Susana, nacieron hacia 1750, con uno o dos años de diferencia. Los varones nacieron mucho más tarde: Anselmo, en 1760, pero murió antes de cumplir catorce años; y Sabino, en diciembre de 1764 (Campomanes tenía, por tanto, cuarenta y uno). Era el más pequeño, pero acabaría heredando el título.

—¿Qué título?

—Estoy adelantándome, en efecto. Andando los años, el rey Carlos III otorgaría a Campomanes el título de vizconde de Orderías y conde de Campomanes. Ya antes había recibido el «coto de Campomanes», un terreno en el término de Mérida (Badajoz) de unas mil novecientas hectáreas... ¿Te haces una idea de la extensión de una hectárea?

—Un campo de fútbol.

—Vaya, todo vale para algo. Eso es. Pues todo eso lo heredó Sabino. Pero, si heredó los títulos, no heredó la brillantez y voluntad de su padre. Así que, como dijo el cura que hizo el escrutinio de la biblioteca de don Quijote, «no le ha de valer al hijo la bondad del padre». Pasemos página.

La pasamos.

—Quedamos en que se casó con veintiún años. Un año después fue aprobado y recibido como abogado del Real Consejo de Castilla. Quizá no sea



exagerado afirmar que era el abogado más joven de la época. Pero dijimos que también fue escritor e historiador. Y es que ese mismo año empezó a escribir una historia de la orden de los templarios. La terminó tres años después. Al año siguiente fue admitido como académico honorario en la Real Academia de la Historia, y sucesivamente a académico supernumerario, numerario y por último, en 1764, fue nombrado director. Durante veintisiete años fue reelegido anualmente por unanimidad, excepto en dos ocasiones, en que solo lo fue por mayoría simple. Todavía en vísperas de su muerte, de 1798 a 1801, y ya con más de setenta y cinco años a la espalda, volvió a figurar al frente de la Academia. En total había dedicado a la Academia casi cincuenta años de su vida.

Sumé mentalmente los años y advertí cierta lagunilla.

—¿Por qué dejó de ser elegido del 91 al 98?

—Hubo envidias, intrigas y presiones, y el propio Campomanes presentó su renuncia. En ella había constar no sin cierto orgullo un íntimo convencimiento: «Nadie podrá rehusarme la justicia de haber contribuido, cuanto ha dependido de mi posibilidad, a consolidar la Academia y al acopio de libros y monumentos necesarios para desempeñar su objeto y de que la hallé casi del todo desprevenida». El ilustrado Jovellanos mostraba en una carta su desprecio por los que habían intrigado para derribarle del sillón de la Academia, «un cuerpo —escribió— que le debía cuanto era». ... A propósito, ¿sabes quién era Jovellanos?

¡Qué propósito ni propósito! Digamos más bien que lo hacía a propósito. Saqué los pies del tiesto:

—¿Usted qué cree?

—Contigo nunca se sabe.

Lo tomé como un cumplido.

—Simplificando un poco —completó—, te diría que sabes cosas que quizá podías ignorar, e ignoras cosas que quizá deberías saber. Eres tan imprevisible como sorprendente.

—Se parece usted a mi padre: todo lo arregla con adjetivos.

—¿Lo ves, adjetivador adjetivado?

Se levantó risueño.

—Solo una pregunta —dije, levantándome yo también—. ¿Es bueno ser precoz?

—Depende. Cuanto más sepas antes llegarás a viejo, dijo la bruja Yagá. Mañana sabrás quién era Jovellanos.

Y la bruja. (Espero).

El clan de los asturianos

Por supuesto que lo sabría. Estuve todo lo que quedaba del día apaleando la enciclopedia para que no me dejara en bragas. Él sabía que lo haría y yo sabía que lo sabía. También sabía que me preguntaría si había leído algo suyo. Pero a ver quién es el guapo que se mete entre pecho y espalda el *Informe sobre la Ley Agraria* de Jovellanos.

Para eso está mi padre. Mi padre es una mina de rarezas. Le pregunté si un señor tan serio como Jovellanos, que tenía por nombre los tres Reyes Magos y había escrito montones de informes, discursos, cartas y hasta la descripción de un castillo, no había escrito algo divertido.

—¿Un epigrama, por ejemplo?

—¡Sería fantástico!

—Creo que tengo uno en el ordenador.

El ordenata de mi padre es un rastrillo. Si sabes buscarlo, allí igual te puedes encontrar un verso picante, que la letra de una canción o la biblia en latín. Tiene hasta chistes ordenados por materias y colecciona cuentos del siglo XVI. Él sabía buscarlo, y allí estaba el epigrama.

—¿Crees que lo conocerá Pe..., don Pedro?

—Con él nunca se sabe, pero no creo.

Estábamos a 27, y acudí presuroso con la vaga esperanza de sorprenderlo. No aguardé la pregunta para soltar la respuesta.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos, veinte años más joven que Campomanes, magistrado, ministro, académico de no sé cuántas academias, que lo mismo escribía un tratado sobre política y economía que una obra de teatro, una elegía, una sátira y hasta un epigrama. Y de Gijón. ¿Es que todos eran asturianos?

—Eres un águila —ahí se notaba la diferencia: yo, hable o no hable como Castelar, habría dicho «una máquina»—. Y... ¿has leído algo suyo?

A huevo. Lo sabía.

—No se puede decir que sea un fan, pero me sé un epigrama.

—¿¡Un epigrama!?

¿Estaba sorprendido o se lo hacía?

—No es tan genial como el del viejo Moratín, pero habla de abogados.

Y recité:

A UN ABOGADO QUE GRITABA MUCHO

Ni me fundo en las leyes
que los sabios de Roma publicaron,
ni en las que nuestro reyes
para esplendor de su nación dejaron;
mas tengo en los pulmones
todo el vigor que falta a mis razones.

Había estado una hora estudiándomelo el día anterior y me dormí repitiéndomelo para remarcarlo en la memoria, pero valió la pena ver su cara de sorpresa y luego oír su franca carcajada. Aunque, ahora que lo pienso... ¿Lo dejé *sonao* o solo hizo que lo pareciera? Con él nunca se sabe.

¿Y a qué venía Jovellanos?

—Jovellanos lo respetaba y lo admiraba. Lo consideraba el mejor abogado posible, y a él le debemos algunas noticias sobre la reputación de Campomanes como abogado. Él nos dejó la anécdota de cómo conoció al famoso abogado, don Miguel Cirel, que, como recordarás, fue uno de sus maestros de bufete. Jovellanos fue el típico ilustrado, que creía en la posibilidad de perfección de la humanidad para ser feliz, en el valor de educar para la virtud y la sabiduría. De él son también estos versos, diferentes de los de tu epigrama:

«Perfecciona tu ser y serás sabio...
Serás sabio y feliz si eres virtuoso,
que la verdad y la virtud son una...»

—Tampoco Campomanes, me parece, era como el abogado del epigrama.

—Desde luego. Quizá Jovellanos exageraba en su ponderación, pero hay otras anécdotas. Cuenta un autor de la época que, durante el examen para ser recibido como abogado, «fue tal su lucimiento; que uno de los ministros examinadores le buscó al instante para encargarle la defensa de un negocio de su particular interés». Tuvo como clientes nada menos que a los condes de Benavente y de Miran-

da, al cardenal-arzobispo de Toledo, al duque de Alba, que lo consideraba «el más profundo filósofo de su siglo»... Además, Jovellanos solía asistir a su tertulia.

—¿Campomanes tenía una tertulia?

—Sí, pero no creas que las tertulias de entonces eran como las de los cotilleos de ahora. La tertulia se reunía en su casa, entre diez y once de la noche, y se hablaba de arte y literatura, de política e historia, de educación y progreso de la humanidad. No te voy a abrumar con nombres, pero te diré de paso alguno de los que más te suenen: el arquitecto Ventura Rodríguez, que tiene estación de metro en Madrid; Francisco Cabarrús, íntimo amigo de Jovellanos, aunque algo más joven, del que podemos leer en una de sus cartas: «...tener menos trigo, que sirve a sustento del hombre, para tener más pólvora que la destruye: reconozca vuestra merced en este solo hecho nuestra insensata economía»; la hermana de Jovellanos y su marido, que era procurador de la Junta General del Principado de Asturias...

—Por curiosidad, ¿eran todos asturianos?

—No —sonrió, advirtiendo mi gansada—: Samaniego era vasco.

Nos miramos, y él supo que yo no sabía quién era Samaniego.

—¿Ya no leéis a Samaniego?

Jo, qué corte: estuve a punto de confundirlo con Saramago. Aclaro que no he leído a Saramago, pero un día salió en la tele y no sé qué le oí decir a mi padre de un balsa de piedra y un convento.

Me encogí de hombros:

—¿Samaniego?

—Sí, hombre: el fabulista, el de «La lechera», «La cigarra y la hormiga», «Las moscas»...

—Ah, esa sí que me suena. Es la de las moscas golosas que evocan todas las cosas, ¿no?

—No, hombre, no. Esa es de Antonio Machado. Me refiero a la que empieza: «A un panal de rica miel...»

—¡Ah, bueno! «Cien mil moscas acudieron...»
Mi padre se la sabe de memoria.

—¿Tu padre dice «cien mil»? No me lo creo.

—¿Son muchas o pocas?

—Muchísimas. La fábula solo cuenta «dos mil». «Que por golosas murieron presas de patas en él». ¿Tú eres goloso?

—Mazo.

—Pues mira dónde pones las patas, digo..., los pies. Además, hay otra razón para no olvidar a Samaniego: su coincidencia con Campomanes en la creación e impulso de las Sociedades Económicas de Amigos del País.

—¿Y eso qué era?

—Pues eso, sociedades, agrupaciones no estatales destinadas a fomentar la economía y difundir la educación. ¿Cómo te diría yo? Del mismo modo que ahora internet posibilita la comunicación y propaga el conocimiento, las Sociedades Económicas intentaban difundir e intercambiar por todos los rincones del país los conocimientos técnicos para el desarrollo de la agricultura, de los oficios y las artes, del comercio... Poner al alcance de todos



la cultura común, que era en definitiva el ideal de la Ilustración: *sapere aude*. A ver, latinista, *sapere*, saber; *aude*, audaz, audacia, atreverse: «¡Atrévete a saber!». Pues bien, Samaniego estuvo entre los fundadores de la primera Sociedad Económica de Amigos del País, que fue la Vascongada, y Campomanes en el origen y difusión de la de Madrid, que impulsó las otras. En 1789, en vísperas de la Revolución Francesa, funcionaban noventa sociedades por todo el territorio.

¿Lo veis? Esto me pasa por preguntar. Anda, atrévete a saber.

—¿Podemos volver ya a la tertulia? —dije con un asomo de ironía.

—¡Volvamos a la tertulia! —captó la indirecta y seguro que me la devolvió, porque añadió algo que no acabé de pillar—: Si te llamaras Panurgo podrías haber dicho: «¡Volvamos a nuestros carneros!»

¿Dijo Panurgo o Palurdo? ¡Bueno!

—A la tertulia —y también él volvió a su tono narrativo— concurrían desde luego muchos asturianos. Lo era el P. Feijoo, que no pudo asistir a su tertulia porque vivía en Oviedo y era casi cincuenta años más viejo que Campomanes, aunque éste le escribía y consultaba sobre errores y supersticiones populares para que los combatiera desde sus páginas de crítica. (Andando el tiempo, y ya muerto Feijoo, el propio Campomanes dirigió y prologó una edición monumental de sus *Obras completas* en 33 volúmenes). Pero no todos eran asturianos. Cabarrús, por ejemplo, era un financiero

de origen francés; Ventura Rodríguez era madrileño; Pablo de Olavide, solo dos años más joven que Campomanes, era de ascendencia navarra, pero había nacido en Lima y no llegó a Madrid hasta 1752: tuvo de común con Jovellanos que también escribió un *Informe sobre la ley agraria*, y su tarea de reformador alcanzó al teatro, a la Universidad y a la política. A todos los movía un objetivo común: la regeneración y modernización del país, la ilustración y el progreso, el bienestar de los ciudadanos. Creo que no ha habido otra época en la historia de España en que la política haya sido una ocupación tan noble: creían con sinceridad en la posibilidad de hacer feliz a la humanidad.

Empezaban a bailarme en la cabeza tantos nombres. Y eso que me ahorró unos cuantos, como decía. La vida de Campomanes había sido, si no apacible, sedentaria. No había estado en ninguna guerra, no había recorrido el mundo, no había subido a un barco. Las velas de su nave fueron de papel, y sus armas, la pluma y la palabra: discurrir, discurso, discusión.

—Ha hablado en dos ocasiones de ilustración e ilustrados. ¿Podría ilustrarme en tres palabras lo que fue la ilustración?

—Un proyecto de reforma social cuyas tres palabras clave eran *utilidad, prosperidad y felicidad*. Apúntalas. Para ello, sabían que era necesario un buen gobierno y una buena educación. «Las leyes y la educación, en una palabra, los gobiernos, hacen la suerte de las naciones», escribía Cabarrús en una de sus cartas.

—Y en dos, la palabra y la pluma. Con esas herramientas no harían falta armas, ¿no cree?

—Tal vez. El propio Campomanes decía que «la verdadera inteligencia de las palabras es indispensable a todo profesor de cualquiera ciencia o arte». Pero en espera de que el mono desnudo abandone los árboles, ahí tienes a nuestro hombre elaborando palabras y discursos para el perfeccionamiento de la humanidad. Casi no se movió de Madrid. Solo viajó al Escorial en dos o tres ocasiones para consultar los fondos de la Biblioteca del monasterio. Y una vez volvió a los lugares de su infancia, a descansar del exceso de trabajo en casa de su tío.

—¿Tuvo lo que hoy llamamos estrés?

—Pudo tenerlo. Pero su firmeza y decisión ayudaron a su equilibrio. Incluso en aquellos meses de descanso no permaneció ocioso. Se dedicó a observar la vida y costumbres de su entorno y a informarse sobre la agricultura y el comercio, las artes y la industria de la zona.

El siglo de las luces

Este título se lo debo a mi padre. Cuando le dije que me definiera con una sola palabra a Campomanes, me respondió: «Político». Cuando le pedí que me resumiera en una frase el siglo XVIII, me contestó: «El siglo de las luces».

Ahora ya sé de dónde la ha sacado. De otra que también estaba en el grueso libro rojo de Campomanes que reposaba a la izquierda de la mesa de don Pedro: «Estas ideas son propias de las luces de nuestro siglo». O a lo mejor la ha sacado de una novela, porque con mi padre tampoco se sabe.

El día 28 volví a subir las escaleras. Calculo que, sumando todas las veces que lo hice, puedo decir sin miedo a equivocarme que me he pateado la torre Eiffel de abajo arriba y de arriba abajo. Del modo más diplomático que supe, sugerí a don Pedro que nos espabiláramos, porque a ese paso nos iban a dar las uvas, y nunca mejor dicho. Estábamos a tres días de distancia, y yo por lo menos quería comerlas en casa. Así que solo teníamos dos para rematar la faena.

—Con uno nos basta —dijo—. Por mi parte pienso acabar hoy mismo. El resto es tarea tuya.

Preparé el cuaderno, como paraguas o presa, porque adivinaba un aluvión de datos.

—Quedamos en que la vida de Campomanes no da para una novela de aventuras. Pero recorrió el siglo XVIII con su sabiduría y con sus cargos. Nació con Felipe V, ascendió durante el reinado de Fernando VI, se afirmó con Carlos III y murió bajo Carlos IV.

¿Qué se hace en estos casos? ¿Abrir un paréntesis por cada rey y llenarlos de unos y de sietes? Agradecedme que os los ahorre. Creo que os bastará saber que Fernando VI empezó a reinar en 1746, cuando Campomanes tenía veintitrés años y llevaba tres o cuatro en Madrid.

—El primer cargo de importancia, y remunerado —prosiguió—, fue, para entendernos, el de Asesor General del Servicio de Correos. Tenía treinta y dos años, y fue el primero de una larga serie que ocuparía el resto de su vida. Dos años después ingresó como académico honorario en la Real Academia Española. Quizá no fue ajena a este honor la publicación de un libro titulado *Antigüedad marítima de la república de Cartago con el Periplo de su General Hannón, traducido del griego...*

Ahora me preguntaría: «Por cierto, ¿sabes quién era Hannón?». Como si lo viera.

No lo hizo. ¿O es que era un maldito adivino que buscaba desconcertarme? Solo dijo:

—No tienes por que saber *todavía* quién era Hannón. Hannón fue un navegante cartaginés, que circunnavegó África (ya sabes que *periplo* significa eso: circunnavegación) —lo dijo así, «ya sa-

bes», aunque sabía que yo no lo sabía—. Hannón dio la vuelta a África casi dos mil años antes de que lo hiciera el portugués Vasco de Gama, que mereció estar en una epopeya.

La epopeya a la que se refería la escribió otro portugués, como no podía ser menos. Sé quién fue porque se lo pregunté. Pero no quiero enredar más. La verdad es que estos profes tienen tendencia a ponerse un pelín pesados, pero se aprende cantidad con ellos.

—Un día se murió Fernando VI —siguió diciendo—. Una impensable sucesión de azares hizo que Carlos III fuese coronado rey de España en 1759. Y llegó con la saludable intención de modernizar España y hacer felices a los españoles. Para realizar esa tarea se rodeó de los hombres que él consideraba más capaces. Adivina quién fue uno de ellos.

Campomanes. No hacía falta ser un lince.

—En efecto. En 1762 Campomanes fue nombrado fiscal de lo civil del Consejo de Castilla. Tenía treinta y nueve años, era ya un prestigioso abogado y había adquirido experiencia administrativa en la Asesoría de Correos. También había escrito ocho libros, tres de los cuales permanecían inéditos, varios discursos e informes y algunas traducciones, sin olvidar su actividad en la Academia de la Historia, donde lo mismo recopilaba códigos y manuscritos que censuraba obras históricas.

—¿Qué es censurar?

—¡Ay, muchacho, y qué jovencito eres! —dijo, y lo dijo no sé si con conmiseración o con envidia—. Sólo quince años antes de que nacieras tú, y aquí

en España, se te podía suprimir una línea de *Las aventuras de Tom Sawyer* porque decía que cierto pueblo, «entre otras cosas inútiles, tenía alcalde». La censura del XVIII podía ser prohibitiva u orientativa. La que ejercía Campomanes desde hacía diez años en la Academia iba más bien en la dirección de los libros que era *conveniente* publicar. De todos modos, tuvo que obtener un permiso especial de la Inquisición para leer libros prohibidos, y aun así no se le concedió para leer a Maquiavelo. Las cosas de la vida. ¿Te suena Maquiavelo?

No me sonaba y sí me sonaba. Un día mi padre le echó una bronca a Lu y le dijo que tenía un comportamiento *maquiavélico*, porque «hacía las burradas todas a la vez y lo bueno poco a poco». Mi madre intervino diciendo que qué cosas le decía al chico, y yo me enteré por los pelos de que había un señor que se llamaba Maquiavelo y que había escrito esas cosas en un libro un poco cínico que había titulado *El príncipe*. Así que *El príncipe* no era lectura apta ni para Campomanes.

—Fue elegido «uno de los cuarenta censores públicos de Libros» —dijo—. Pero esa es otra historia. Lo cierto es que Carlos III nombró a Campomanes fiscal del Consejo de Castilla.

No quise meterme en dibujos, pero me pareció que eso de fiscal del Consejo de Castilla era un cargo muy importante, casi como un presidente de gobierno actual, un primer ministro o algo así. Y un cargo, además —aclaró—, para el que había «muchos pretendientes». Y con el tiempo, zancadillas y voces discrepantes. Nada nuevo.

—Cuando se murió, fue llamado el «fiscal filósofo» en el panegírico...

—¿Pane... qué?

—Panegírico, elogio, discurso laudatorio o encomiástico... —Hizo una pausa, quizá esperando que preguntara: «¿Laudaqué?», «¿Encomiaqué?», pero no lo hice y espero que vosotros tampoco—. «Fiscal filósofo» —prosiguió—, eso le llamaron. Quizá fuera un discurso en exceso *laudatorio*, pero con ello quería decir que fue uno de los pocos políticos que además pensaba, uno de los pocos políticos que además leía y escribía, unos de los intelectuales más influyentes de su época en política y en economía. Todos los problemas políticos y económicos le interesaban, y todos intentaba resolverlos: de todos escribía y de todos hablaba. Por ejemplo, ¿a ti te interesa el precio del trigo?

Lo miré un poco mosca. ¿Adónde querría ir a parar? Ah, vamos. Al problema agrario. No hay cosa como no leer los *Informes sobre la Ley Agraria*.

—Ahora estamos en una sociedad industrial. Pero el siglo XVIII vivía en una sociedad agraria. Del latín *ager, agri*, que significa *campo* —no le reprocho que saliera a relucir el profe—. Vivían del campo, de la agricultura, y era muy importante la política de precios y su comercialización...

Lo veía venir. Me iba a dar la brasa con la economía. Pero ¿por qué te pusieron *Campomanes*, si tú no necesitas saber economía? ¿Y por qué tuve yo que preguntar por qué te pusieron *Campomanes*?

También él me vio venir a mí:

—Voltaire, por ejemplo...

—No me pregunte quién fue Voltaire. Lo sé. Una vez mi padre me llevó al teatro a ver *Cándido o el optimismo*.

—¿Tu padre te lleva al teatro?

—Sí, y he visto al Brujo haciendo el *Lazarillo*.

—Como eres el más pequeño, eres el más mimado, ¿eh? —Hizo otra pausa—. Bueno, en realidad *Cándido* es una novelita, no una obra de teatro, pero se presta a que alguien la adapte. Pues ese Voltaire que tan bien conoces, con el humor que le caracterizaba, escribió en cierta ocasión que, hacia mediados del siglo XVIII, la nación (francesa), cansada de tanto verso y de tanta novela, de tanta comedia, de tanta tragedia y de tanta ópera, de tantas disputas morales, más novelescas que las mismas novelas, decidió al fin ponerse a razonar sobre los granos. Campomanes también.

Retiro lo dicho, *Campomanes*. Gracias a que te llamas *Campomanes* he tomado conciencia de una cosa muy elemental: el pan que tú y yo comemos sale del trigo, y el trigo sale de la tierra.

—Campomanes pensaba que la agricultura era «la base fundamental de los Estados» y «el principal fundamento de la población». Pero la reforma agraria exigía una serie de medidas no siempre fáciles de llevar a cabo por los obstáculos reinantes: el problema de los impuestos sobre el grano y la limitación de su comercio; la ignorancia y el retraso en la utilización de las nuevas técnicas agrarias (como ves, el problema de las nuevas tecnologías no es nuevo); la emigración y la despoblación rural; cómo «desterrar la ociosidad», fomentando la

industria rural; cómo conseguir la «labranza de los terrenos incultos» sin tocar la espinosa cuestión de los latifundios...

—Puede decirme, sin preguntármelo, lo que es un «latifundio» —interrumpí.

Iba a hacer un chiste fácil sobre la *lata*, pero me contuve a tiempo.

—Tienes una agudeza especial para detectar los verdaderos problemas —por lo menos la tenía para detectar que eso lo decía para adularme y que no saliera corriendo ante tanta reforma agraria—. Los latifundios son fincas enormes, con frecuencia poco o nada cultivadas, que están en manos de un solo dueño. En aquella época, la Iglesia y la nobleza acumulaban grandes extensiones de terreno, pero sus privilegios eran imposibles de erradicar por el momento. Él mismo recibiría del rey un coto no pequeño en Extremadura.

—¿Un coto de caza?

—No, no. En realidad intentó que esas tierras, denominadas *Coto de Campomanes*, no fueran precisamente un *latifundio*, sino un lugar donde experimentar sus ideas económicas y agrarias. Diversificar la producción, canalizar las aguas, montar una fábrica de papel, invertir en maquinaria nueva... Hay que decir en su honor que decidió invertir en el mejoramiento de las tierras cuantos ingresos pudo conseguir, que no fueron muchos.

—Ya veo que estamos en el capítulo de los honores.

—Aún hay más. A sus cuarenta y siete años fue inscrito en el libro de «Grados de Doctores y Maes-

tros en ambos derechos» por la Universidad de Oviedo, una especie de doctorado *honoris causa*; dos años después se le otorgó el título de Caballero Pensionista de la Orden de Carlos III, y en 1780 recibió el de Conde de Campomanes.

—O sea, noble y latifundista.

—Sin exagerar, muchacho, sin exagerar, que los excesos nunca han sido buenos —dijo y volvió a su tono narrativo—: Ese mismo año compró una casa en Pozuelo de Alarcón que tenía una huerta con más de mil árboles frutales y una viña con más de dos mil quinientas cepas. Le gustaba retirarse allí a descansar.

—Vida retirada —dije por decir algo.

—¡Ani! —exclamó asombrado—. Nunca acabarás de sorprenderme.

—¿Por qué?

—Por Fray Luis.

Ni idea, os lo juro. No sabía a qué podría estarse refiriendo. Me lo vio en los ojos y en los hombros, y su sorpresa cambió de signo.

—Creí que estabas en «Qué descansada vida...»

—Ah bueno, era eso. Lu me lo canta a veces:

*Qué descansada vida
la del que, bien comido y bien bebido,
sigue la divertida
senda por donde han ido
los muchos cucos que en el mundo han sido.*

—Lo dicho. No acabarás de sorprenderme.

—Como Campomanes a mí. ¿Es que lo hizo todo bien como Dios?

—Nadie lo hace todo bien. Y, aunque lo hiciera, no todos lo verían con los mismos ojos. Por ejemplo, la expulsión de los jesuitas.

—¿De dónde los expulsó?

—De España, claro —me miró con cierta gravedad—. ¿Sabes? La historia de la humanidad, como la historia de las relaciones entre los seres humanos, siempre ha sido la de un conflicto de poderes. En este caso se trataba del poder del estado frente al poder y la influencia de la Iglesia. Campomanes apoyaba a la Corona frente a la institución eclesial, a la que acusaba de cierta relajación moral, acumulación de riquezas y uso discutible de su influencia a través de la enseñanza y la predicación. Su postura, reflejada en algunos de sus escritos, le ocasionó roces con la Inquisición. Pero la gota que colmó el vaso fue el motín de Esquilache.

Comprendió que no tenía ni idea de quién era Esquilache y se explicó:

—Ya sabes que Carlos III venía de Italia. Era rey de Nápoles, cuando la prematura muerte de su hermano, Fernando VI, le puso por sorpresa la Corona de España en la cabeza. En su afán reformista y modernizador se trajo algunos ministros italianos. Entre ellos estaba el marqués de Esquilache, cuyas medidas progresistas no gustaron a las clases privilegiadas. Las reformas urbanas que proyectó eran tan sensatas como el alcantarillado, la iluminación y el orden público, y para que nadie pudiera ampararse en el anonimato de la sombra, prohibió los sombreros de ala ancha, las capas y los embozos. Estas disposiciones, magnificadas por la subida del

pan y la xenofobia (ya ves cómo la historia se repite, aunque nunca de la misma manera por fortuna), hicieron que estallara un violento motín en Aranjuez que obligó al rey a devolver a Italia a su ministro. Pero las sospechas de que detrás del motín estaban los jesuitas, y el recelo con que se miraban sus riquezas y su control de la educación, hicieron que Campomanes firmara su decreto de expulsión. Fue en 1767. Toma —añadió—: en esta ficha tienes un fragmento del texto. Es un documento curioso.

Quizá lo fuera. Pensé adjuntarlo en mi trabajo, pero a última hora me arrepentí. Os la paso a vosotros, aunque no sé, no sé...

«En estos términos, resultando de todo ser los jesuitas en España e Indias el fomento y el centro de la disensión y del desafecto a la quietud, entiende el fiscal que ha llegado el punto de haber llenado la Compañía en España y en las Indias la medida del escándalo en punto de su predicación, de su enseñanza y de su fidelidad, y ser indispensablemente necesario para la seguridad de la sagrada persona de S. M. y del reino entero que la soberanía use de su potestad económica extrañando del reino a los jesuitas profesos y a los novicios que quieran permanecer en dicha Compañía; ocupándoseles las temporalidades, como extraños de él, no permitiendo que en estos dominios ni en los de las Indias se vuelvan a establecer en comunidad ni en particular con ningún pretexto, haciendo Su Majestad esta declaración a imitación de otros soberanos, como rey que no reconoce superior en lo temporal y que usa de esta económica providencia para seguridad de su persona real, de la de su augusta familia y de sus dominios, y por beneficio de la misma religión y pureza de las costumbres; haciendo cerrar, desde luego, todas sus casas y escuelas y que no se enseñe más su doctrina, para evitar que no se dé ocasión con ella a nuevos escándalos en estos dominios».



—Y, en fin, en medio de todos estos acontecimientos, el único que no perdona. En 1784 murió su esposa y fue enterrada en la iglesia madrileña de San Ginés. En la misma iglesia fue bautizado Quevedo, se casó Lope de Vega y está enterrado el gran músico Tomás Luis de Vitoria.

Se levantó del sillón y concluyó:

—Pero entre tanto también había tenido tiempo para ampliar y enriquecer su biblioteca. Si en el Coto invertía los recursos de la tierra, en la biblioteca invertía los suyos propios. ¿Qué te parece si pasamos a la biblioteca?

La biblioteca

Lo de pasar a la biblioteca era una metáfora, claro. Pero entonces, ¿por qué se levantaba? Qué detalle de profe. Una pasada.

—¿Qué te parece si estiramos las piernas y refrescamos la gorja?

Lo siento, tíos, pero lo dijo así. Para eso hay una cosa que se llama diccionario.

—¿Qué te apetece beber?

¡Anda la lechería! ¡Era eso!

—Una Coca-Cola —dije.

—No sé qué le veis a eso —dijo.

Pero fue a la máquina, estuviera donde estuviese, porque yo no la vi por ningún sitio, y trajo una Coca-Cola para mí y un zumo de naranja para él. Volvió a sentarse, paladeó su zumo y empezó con cierto aire de ensoñación:

—Bueno, ¿y qué te parece la vida de nuestro amigo Campomanes?

—Uno poco sosa, ¿no? Mucho ajeteo para no moverse del sitio.

—¡Eso es! Parecía tener el don de la ubicuidad. Porque una cosa es que casi no saliera de Madrid, y otra que no se moviera del sitio.

—La verdad es que ocupaciones ya tenía, ya.

—Demasiadas para un hombre que prácticamente no salió de su biblioteca. ¿Tú sabes quién es Borges?

—¿Es o fue?

—Fue. Pero es tan *es*, que es como si viviera todavía.

—Lo sé. Un poeta que murió el 14 de junio de 1986 —dije con una serenidad imperturbable.

¡Flipando, tíos! ¡Se quedó flipando, alucinando en colores, viendo más estrellitas que un descabrado! ¡Ha sido la mayor victoria de mi biografía! Tendríais que haberlo visto. Y lo mejor del caso es que para mí no tiene ningún mérito recordar esa fecha, ¡porque es el cumpleaños de mi hermana! Mi hermana nació el 14 de junio de 1986, y, como mi padre está pirado, le puso Georgina Luisa. Adivinad por qué. ¡Claro, clarito, claro! Porque Borges se llamaba Jorge Luis. De aquí a la eternidad, os lo juro. Él mismo lo dijo:

—Me dejás de piedra pómez.

No sé cómo es esa piedra, pero suena bien.

—Pues fue Borges el que dijo: «No haber salido de mi biblioteca». También él podía haberlo dicho. Era un bibliófilo empedernido. Todo le interesaba, todo lo leía. De los libros, siguiendo a Plinio, decía que «no hay ninguno que no traiga alguna especie particular de uso». Pero no se quedaba encerrado en la biblioteca, sino que sacaba el pensamiento a la calle para que alumbrara la vida. Tenía una fe ciega en el poder de la palabra impresa, en la fuerza de persuasión de los libros.

—¿Cuántos libros tenía?

—Llegó a tener cerca de siete mil volúmenes, un número solo superado en España por la biblioteca sevillana del Conde de Águila, y superior al de la mayor parte de las europeas, incluida la de tu amigo Voltaire. En ella había libros de teología y literatura, pero sobre todo de geografía e historia, de ciencias y artes, de economía y derecho. De él casi también podría haberse dicho que leyó tanto que parecía imposible que hubiera podido escribir nada, y escribió tanto que parecía imposible que hubiera podido leer un solo libro. Si a eso añadimos su actividad pública, hay para pensar que tenía el don de la ubicuidad.

—Pues siento decir que yo no he leído nada...

—¡Claro que has leído algo! Acabas de leer la ficha con el *Dictamen fiscal de expulsión de los jesuitas*. De todos modos no te preocupes: escribió más de cien obras, entre libros, discursos, dictámenes, informes, instrucciones y memoriales. Pero ninguna novela, si te refieres a eso. Tampoco se puede decir que fuera un maestro de «formación del estilo». Él mismo decía con respecto a su forma de escribir: «En cuanto a mi estilo, confieso que no es en absoluto ciceroniano: aborrezco las florituras y busco expresarme con aquella fluidez que permite expresar nuestros pensamientos, sean cuales fueren, si no con elegancia, sí al menos con nitidez».

Hizo una pausa de zumo y continuó:

—Sus escritos denotan sus preocupaciones. En el *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, por ejemplo, se trasluce su interés por todas y cada

una de las regiones y provincias de España. Ya en aquella época se ocupa de la educación y situación de las mujeres, y sus aficiones intelectuales eran múltiples, llegando hasta la lingüística, el helenismo, la bibliofilia y la erudición.

La verdad es que empezaba a marearme con tanta palabra, pero me pareció que estaba transfigurado. Yo las copiaba como podía, y me comí la hache de helenismo, y estuve a punto de ganarme un capón.

—Era tal su pasión por la lectura que aprendió varios idiomas. Sabía latín, árabe, hebreo y griego, francés, inglés e italiano. De griego aseguraba que sólo tenía un barniz —él decía «tintura»—, lo que no le impidió traducir del griego el *Periplo de Hanón*, como hemos visto, y del árabe unos capítulos de un viejo *Tratado de agricultura* y la inscripción de una medalla árabe encontrada en Mérida. Y, en fin, podía descifrar los caracteres góticos y longobardos para leer los antiguos documentos de la época de los godos.

Qué derroche. Un hombre que el viaje más largo que hizo fue a Badajoz para ver su coto.

—Los libros le supusieron otros honores. Poco después de publicar el *Periplo de Hannón*, ¿recuerdas?, fue elegido académico correspondiente de la Real Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París. ¡Él, que nunca salió de España! Y años después, como reconocimiento a toda su obra, fue admitido en la *Sociedad Filosófica de Filadelfia*. Se lo comunicó nada menos que Benjamín Franklin (ya sabes, el inventor del pararrayos): Campomanes

guardaba esa carta con especial veneración. En fin, en 1766 fue nombrado Presidente de la Compañía de Impresores y Libreros de Madrid. Y siempre fue una especie de mecenas de la filología y de la historia clásica.

Iba a preguntarle si podía resumirme a Campomanes en tres palabras, pero se me adelantó:

—Si hubiera que resumirlo en tres palabras, yo diría: un *ilustrado*, que fue también *político* y *economista*. Leyó mucho, escribió mucho y gobernó mucho. No tuvo tiempo de perder el tiempo. «No tengo que arrepentirme de haber desperdiciado el tiempo —escribía a su hijo Sabino— y por eso dicen que tengo mucha memoria».

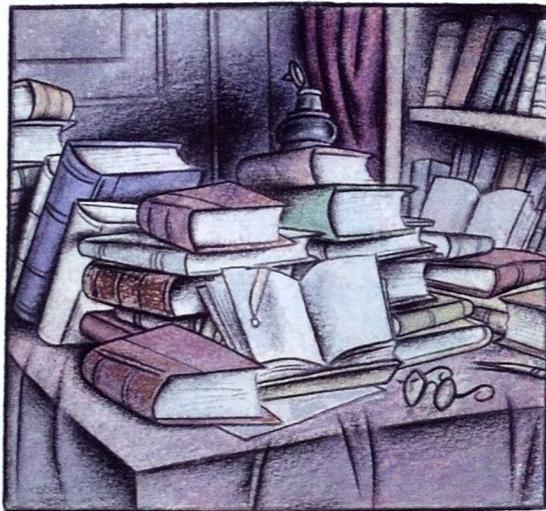
Adivinaba que la vida de Campomanes tocaba a su fin, porque el rostro de don Pedro se empañaba. Prosiguió:

—Carlos III murió en 1788, en vísperas de la Revolución Francesa. Con él concluía una época de ilustración, de fe en la humanidad y en el progreso. Para entonces Campomanes ya era gobernador interino del Consejo de Castilla, la cumbre de su carrera política, y Carlos IV lo ratificaría en el cargo, concediéndole la plaza en propiedad. Pero para entonces también tenía ya cerca de setenta años, y quizá empezaba a percibirse el cansancio de su pluma y la merma de su don de la ubicuidad. Las perturbaciones de la Revolución Francesa llevaron a prisión a su amigo Cabarrús, y a una posición incómoda a Campomanes. En abril de 1791, «en atención a los quebrantos de salud del Sr. Conde de Campomanes, y principalmente del

que padece en la vista, y por pedir las actuales circunstancias el nombramiento de un Presidente del Consejo»..., el rey lo «exoneraba» del Gobierno. ¿Sabes lo que es eso?

—Ahora se llama dimisión, ¿no?

—Así se llama. Campomanes se fue retirando a la penumbra. Llegó un momento en que, para estar enterado de lo que ocurría, tenían que leerle lo que su progresiva ceguera le impedía leer a él. Cinco meses antes de cumplir los setenta y nueve años, moría en su casa de la madrileña Plaza de la Villa, un palacio en que había vivido también el Cardenal Cisneros. Empezaba el siglo XIX.



El trabajo

Ayer, día 6 de enero, los Reyes me echaron un curioso librito. Lo tengo delante de mí. Se titula *Campomanes, la biografía de un jurista e historiador (1723-1802)*, y su autor es José María Vallejo García-Hevia, que es profesor de la Universidad de Zaragoza y me temo que amigo de mi padre. (Por cierto, también es asturiano. ¡Es que no falla!). El libro tiene 160 páginas y un porrón de notas: 245. Doscientas cuarenta y cinco, como lo oís. No pensaba leerlas, pero los ojos se me fueron tras una de ellas, en la que contaba cómo vio Casanova a Campomanes. Ya sé que no sabéis quién fue Casanova, pero, para que os hagáis una idea, sabed que fue una especie de don Juan Tenorio a la italiana.

El libro es un ejemplar único, primorosamente encuadernado. Estoy seguro de que mi padre lo ha editado en su ordenador y ha mandado encuadernarlo expresamente para mí. Si lo hubiera tenido antes, no habría necesitado equivocarme con las enciclopedias ni haber subido tantas escaleras, pero tampoco habría conocido a don Pedro ni habría bebido con él una Coca-Cola.

En realidad empecé a redactar el trabajo el mismo día 28 por la tarde, ocho días antes de tener este libro. Lo titulé, sin ninguna originalidad:

CAMPOMANES

Y empecé:

Pedro Rodríguez Campomanes nació en...

¡Ostras! *Pedro Rodríguez*. ¡Pero cómo se puede ser tan gil... idiota!

Salí corriendo rumbo a la Facultad, con el estúpido pretexto de decirle que ya me sabía «Admiróse un portugués...», pero en el fondo para nada, para decirle que acababa de escribir la primera línea, para... para saber si aquel hombre feo y bisojo, que se embellecía mientras hablaba, seguía detrás de la mesa del 777...

Subí las escaleras de dos en dos, sudé en el mes de diciembre, abrí la puerta del 776... Al fondo, a la izquierda, encontré una puerta moderna y funcional en lugar de la otra de madera. No había ningún nombre en ella, el despacho estaba vacío, la mesa era de plástico (o casi), alguien había estado de mudanza...

Era un mal día para realidades adversas, porque todo podía no ser más que una inocentada. Pero yo sabía que la verdad era la del 28 por la tarde, y la inocentada, en todo caso, la de los días anteriores. Decidí mandar el trabajo a la eme y erda.

Ahorá sé que mi padre me observaba en silencio. Ni siquiera me preguntó cómo iba el trabajo. Sospecho que decidió hacer el suyo, porque el día 6 de enero por la mañana me encontré con un libro primorosamente encuadernado que contenía una biografía de Campomanes.

Puse el libro a la derecha, mi cuaderno de notas a la izquierda, abrí el ordenador y empecé a escribir el trabajo. Resultó más breve de lo previsto. Hasta cambié de estilo, que me quedó encogido y telegramático:

Pedro Rodríguez Campomanes nació en Sorriba (Asturias) el día 1 de julio de 1723. Tuvo dos hermanos, Josefa, la mayor, y Francisco, el más pequeño. Con menos de dos años, se quedó huérfano de padre. Estudió con su tío materno, que era canónigo de Santillana (Santander). A los once años sabía latín y traducía a Ovidio, que escribió sobre el amor y la tristeza. Estudió humanidades, filosofía y derecho. A los catorce años daba clases en su tierra, y lo hacía gratis. A los dieciocho viajó a Madrid. Fue uno de los viajes más largos de su vida. Porque Campomanes leyó mucho y supo mucho, pero viajó poco.

Se casó a los veintiún años y tuvo cuatro hijos. Su mujer murió antes que él; su tercer hijo, también. Los libros dicen que fue abogado, jurista, diplomático, académico, escritor, político y economista. Fue todo eso y más. Un abogado precoz y brillante. Asesor General del Servicio de Correos. Traductor, historiador y censor de libros. Impulsor de las Sociedades Económicas del Amigos del País. Presidente de la Compañía de Impresores

y *Libreros de Madrid*. *Fiscal* y luego *Gobernador del Consejo de Castilla*. *Caballero de la Orden de Carlos III*. Y *director de la Academia de la Historia* durante toda su vida, o casi. También fue *Conde*. Tuvo una tertulia en su casa de Madrid, donde se hablaba con más fundamento que en las de la radio; también tuvo una finca en Pozuelo de Alarcón con miles de árboles y de cepas, y un coto en Extremadura.

Le gustaban mucho los libros. Tuvo casi siete mil. Su biblioteca fue una de las mejores de Europa y más grande que la de Voltaire. El inventor del pararrayos le escribió una carta. Él mismo escribió centenares de ellas, y muchos discursos y muchos informes y muchos libros. Editó las obras de Feijoo en 33 tomos. Hasta quiso tener una fábrica de papel en su Coto de Campomanes. Expulsó a los jesuitas, pero deseó el progreso de este país e intentó hacer feliz a la humanidad. Creo que no lo consiguió del todo.

Murió el día 3 de febrero de 1802 en su casa de Madrid, la misma en que había vivido el cardenal Cisneros. Fue inteligente y fiel.

El día 3 de febrero (¡lo sabía!) el profe habría querido que leyera el trabajo en clase, pero no pudo porque era domingo. Lo hice el lunes 4. Como es corto, no aburrí demasiado al personal. Pero con ese estilo tan seco, la verdad es que tampoco despertó mucho entusiasmo. Cuando acabé, todo lo que se le ocurrió decir al muy imbécil fue:

—¿De qué *Enciclopedia* lo has copiado?

(¡Y eso que no copié el *Dictamen fiscal de la expulsión*, como pensaba!).

Podía haberle respondido que de todas las enciclopedias y libros de texto que traían equivocada la fecha de su muerte. Incluso podía haberle dicho que me lo dictó un pajarito al oído. Pero no lo hice. No hablé como Castelar.

¿Por qué no lo hice? Quizá porque pensaba en Campomanes. Quizá porque pensaba en el inquilino del séptimo. Quizá porque hablar y escribir como Castelar es demasiado sutil para él. Lo cierto es que no lo hice.

Aunque, como dice mi padre que decía el bisabuelo de un amigo suyo:

«Si así hubiera sido desde el primer día,
quizás otro gallo me *castelaría*...»

Absentia perdit amicos

Esto se llama tirarse el rollo. No tengo ni pajolera idea de latín, pero no he podido resistir la tentación de escribir esa frase. *Absentia perdit amicos. Absentia perdit amicos. Absentia perdit amicos.* Se la hice repetir tres veces. La apunté en siete páginas del cuaderno para que no se perdiera. ¿A que la habéis entendido hasta vosotros? ¡Pues claro! *Absentia*, absentismo, absentismo laboral, mental, total... Ausentarse, ausencia. ¡Bingo! *Perdit*, perder, perdidoso, pérdida. ¡Vale, tío! *Amicos*... ¿Quién no sabe lo que es perder un amigo? La amistad se pierde con la ausencia. Lo decía Campomanes. Se lo decía a su hijo, que no era tan sociable como él.

Yo he perdido a don Pedro. Durante la última sesión, la más larga, los dos estuvimos especialmente locuaces. No olvidaré lo de la piedra pómez. Quizá por eso me dijo el último día:

—Tu tío se equivoca. Hablas mejor que Castelar.

He perdido a don Pedro. Por fortuna me queda *Campomanes*. Al día siguiente lo saqué a pasear por el Retiro. Es muy juguetón, pero a veces puede ser muy reflexivo. De pronto vimos una ardilla. Y en

vez de lanzarse tras ella (aunque nunca hubiera podido seguirla por el tronco vertical del árbol), se sentó pacíficamente sobre sus valientes posaderas y se dedicó a observar sus evoluciones con sagaces movimientos de cabeza. No pude menos de pensar en Campomanes observando a las gentes de su tierra, el teatro del mundo y la política.

Lo miré yo también y le dije:

—No lo puedes remediar: te pareces a Campomanes.



Índice

Una pregunta inocente	9
Consecuencias de una pregunta	11
Mis primeros pasos	17
El despacho 777	22
El inquilino del séptimo	25
Todo a once (y más)	35
Tan precoz, tan precoz	43
El clan de los asturianos	50
El siglo de las luces	59
La biblioteca	71
El trabajo	77
<i>Absentia perdit amicos</i>	82

*La edición de esta obra se realizó durante el año 2002,
centenario de la desaparición de Campomanes:
amó tanto el libro impreso que hasta montó
en su Coto una fábrica de papel.
Sirva este libro de homenaje
a tan loable intento.*

